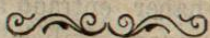


bierno mientras Hidalgo le ordenaba lo que juzgase conveniente, ó llegaba él mismo á tomar posesion de la Capital; y que tambien le noticiaba, que por un hijo suyo se habria tomado ya la Villa de Colima.

Aquí se habla de la comision por haberse conferido cuando los disidentes se hallaban en Guanajuato; pero como el parte lo dió Torres mucho despues, y le dirigió á Hidalgo cuando estaba en Valladolid, se transcribe para esa época, en que termina el capítulo 7º y que debe preceder al capítulo 8º



CAPITULO VIII.

Se reserva la relacion de lo ocurrido en Guanajuato desde la salida de Hidalgo, porque debe anticiparse lo concerniente á la marcha que emprendió por el rumbo de Valladolid.—Aumentos, que en el tránsito tuvieron las fuerzas, las que pasaban de ochenta mil hombres cuando llegaron á Toluca.—Las de el gobierno español se sitúan en el monte de las Cruces.—Las primeras emprendieron el ataque, y quién fué quien lo dirigió.—Circunstancias, que favorecian á las segundas, las que sin embargo levantaron el campo, y se retiraron para Méjico.—Los insurgentes no se resuelven á seguirlos.—Cuál es el concepto, que se debia formar en atencion á las dudas, y á la diferencia de los resultados.—Lo que pasó en la Villa de San Miguel á la entrada de Flon, y en los dias que estuvo allí.—Salida de este para el pueblo de Dolores, en donde se reunió con el Brigadier Calleja.—Suadas las fuerzas de Hidalgo cerca del pueblo de Aculco, son derrotadas por las del gobierno realista.

En el lúnes 8 de Octubre salieron con direccion á Valladolid tres mil hombres, de los cuales algunos iban armados con lanzas, y los demas solo con hondas, y todos al mando de D. José Mariano Jimenez, al que se le habia conferido el grado de Coronel: y en el miércoles 10 salió Hidalgo con todo su ejército, llevándose cuanto dinero habia y disponiendo, que quedasen asegurados en Granaditas todos los europeos que no se habian puesto en libertad, y que en esa fecha componian el número de doscientos cuarenta y siete, á los cuales custodiaba una compañía de lanceros del regimiento de infantería de la ciudad, la que con la salida de toda esa gente quedó desahogada, y libre de todas las molestias, é incomodidades que sufría; porque tan solo los oficiales se habian alojado en casas particulares, y la tropa de caballería en los cuarteles, y en las haciendas de beneficio pertenecientes á europeos; pero la multitud de miles de indios no tuvo otro alojamiento, que las calles y las plazas, principalmente la Mayor, lo que impedia no solo transitar, sino estar un momento en ellas por dos graves embarazos. El uno

era, el estar llenas con toda esa gente insubordinada, ebria, y que á nadie tenia miramiento, y con la multitud de fragmentos de los muebles destrozados en el saqueo: y el otro era, el que careciendo de local para sus comidas y necesidades naturales, estaba asqueroso todo el suelo con sus excretos é inmundicias: agregándose á ese acopio de males insoportables el perjuicio que sufría el público, con que á proporción de lo que se habia aumentado el número de tantos miles de consumidores, se aumentase necesariamente el precio de los comestibles, y efectos de primera necesidad.

Contrayéndose esta obra principalmente á lo ocurrido en Guanajuato, debe advertirse, que si no refiero desde luego lo que pasó allí, desde que salieron los invasores es porque todo ello fué el resultado de la expedición emprendida por el rumbo de Michoacan hasta la derrota, que sufrieron en Aculco, lo que me obliga á tratar antes de lo que tocaba á los sucesos, que hasta entonces tuvieron lugar. Desde el folio 451, hasta el 461, relata Alaman las medidas que tomó Calleja, para organizar sus fuerzas y proporcionarse recursos, y lo que providenció el Virey, cuando supo, que ya habia estallado la revolucion. Como esas relaciones en lo general son ciertas, tan solo haré algunas observaciones sobre lo que no tenga igual carácter.

Hablándose en el folio 461 de la marcha del Cura, cuando ya se separó de aquí, se cuenta, que sacó treinta y ocho españoles. Como estos formaban un gran bulto, habrian sido vistos y notados por la multitud de gentes, que concurrían á presenciar la salida, y sin embargo nadie los vió, ni tampoco hizo mención alguna de ellos. Además de tan profundo y continuo silencio, se presentan otras inverosimilitudes. Aprehendidos en 15 y 16 de Setiembre los que habia en Dolores y San Miguel, fueron conducidos en 19 de ese mismo mes en el centro

de las fuerzas, que formaban los Dragones del Regimiento de la Reyna, como se dijo en el capítulo V. agregándose los que en seguida se recojian en los lugares del tránsito; de suerte, que en 28 del referido mes no quedaron otros fuera de los que se llevaron presos, á todos los cuales se procuró asegurar con la providencia de que durante el ataque que iba á comenzar, se custodiasen amarrados en la hacienda de Burras, los cuales despues se trasladaron á Granaditas: luego en ese número no se comprendian los que se dice que sacó Hidalgo al emprender su marcha por el rumbo de Michoacan. Tampoco podían comprenderse entre los que habian estado resistiendo, y defendiéndose dentro de ese edificio, en atencion, á que se ordenó, que los que ya estuvieran sanos, ó levemente heridos, se restituyeran á él, para que se custodiaran con la tropa, que le daba guarnicion: y por último, ocurre naturalmente preguntar, ¿en dónde los cojió, y en qué punto los dejó, y cuál fué su paradero antes ó despues de la derrota en Aculco; persuadiendo tantas y tan visibles inverosimilitudes las falsedades de que sacó en la mañana del diez de Octubre, los treinta y ocho españoles?

Lo espuesto acerca de los prisioneros que conducian los insurgentes cuando se aproximaron á Celaya, tiene lugar con superioridad de razon, contrayéndolo á los treinta y ocho españoles, que se dice haber sacado Hidalgo en su marcha para Valladolid; porque aunque en el dia del ataque no se hayan visto entrar aquí, pero despues se supo que habian quedado en Burras; de donde se trajeron en el lunes treinta para Granaditas, lo que no sucedió con los treinta y ocho españoles, cuyo paradero nunca se llegó á saber.

Continuó la expedición con el aumento de las fuerzas, que se le iban agregando; por manera que al acercarse á Toluca, se contaban mas de ochenta mil hombres, de los que hablándose en un artículo del Diccionario Universal

de Historia y Geografía, se asienta: «que entre ellos venian á pie ó á caballo los Regimientos, que habian tomado parte en la revolucion, rotos y sucios los uniformes, sin oficiales, en espantosa indisciplina, habiendo vendido muchos soldados sus fusiles, las bayonetas y los cartuchos, trayéndoles el desórden á semejante ruina. El resto era una chusma de indios y de gente del campo, con piedras, con palos, con malas lanzas, sin organizacion de ninguna clase, presentando un espectáculo horroroso y repugnante. Las hordas desnudas y hambrientas venian mezcladas con un sinnúmero de mugeres cubiertas de harapos, y con muchachos: eran familias enteras, que se dirigian en busca de algo, de que aprovecharse, como si se tratara de las antiguas emigraciones aztecas: era una irrupcion de salvajes dispuesta para el pillaje: cuatro piezas, dos de ellas de madera, era su artillería.»

Con estas masas ineptas y desordenadas, se presentaron á las ocho de la mañana del mártes treinta de Octubre las primeras partidas, que en su mayor parte eran compuestas de indios, los que con espantosos alaridos, se acercaban á los puntos, á que se dirigía el ataque; seguian los Regimientos de que se habla en el párrafo anterior, y multitud de rancheros de á pié y de á caballo. Aunque el número á que ascendía toda esa gente era infinitamente mayor que el de los que esperaban el asalto, era casi imposible que obtuvieran el triunfo, y que por el contrario fuese segurísimo, el que hubieran sido completamente derrotados y destruidos. Las tropas del gobierno realista se hallaban situadas ventajosamente, bien armadas, disciplinadas, con buenos gefes, y su artillería tambien servida y certera, que les causaba de continuo estragos y mortandades horrosas á los insurgentes: y en tan fundado concepto no se percibe fácilmente la causa de que las fuerzas atacadas, á pesar de tan considerables ventajas, entraran en tan grande desaliento, que despues

de una cuantiosa y terrible pérdida se retiraran para México, y apareciera la victoria como obtenida por los que habian asaltado. Los escritores no están acordes acerca de las dificultades que se presentan, en vista de que los resultados fueron no solo diversos, sino contrarios á los que naturalmente eran de esperarse; y no pudiendo descansar en las opiniones que manifiestan, ni de conciliarse de algun modo, parece que no queda otro arbitrio, que el de adoptar la relacion de varios testigos imparciales, inteligentes, y de juicioso discernimiento, y es la que sigue.

En vista de que Hidalgo no manifestaba plan alguno para el ataque, se encargó oficiosamente Allende de dirigirlo, y acompañándose á ese fin con D. Juan Aldama, D. Luis Malo y D. Mariano Jimenez, le dió á los dos primeros el mando de la infantería, al tercero el de la artillería, reservándose para sí la caballería: agregó otros jefes y oficiales, y entre los soldados escojió á los que le merecian alguna confianza; recojiendo toda esa gente, que no pasaba de mil y doscientos hombres de todas armas, la situó en un pequeño llano, que estuvo á la vista de los realistas, y sin que dejara de batirla su artillería, se desprendió de la derecha del campo de ellos el capitán Bringas con los que traia á sus órdenes, y allí fué el encuentro exesivamente empeñado y sangriento. Era ya cerca del medio dia, y la accion comenzaba á generalizarse. Aldama y Malo se batian con denuedo, y aun los rancheros á pesar de la mortandad que se les causaba, no se atrevían á desamparar sus puestos en presencia de sus jefes, que los animaban con su ejemplo; mas el encarnizamiento, con que peleaban los realistas era tal, que por dos veces fueron rechazados.

En una de esas alternativas hicieron los insurgentes un esfuerzo, á virtud del cual lograron dos grandes ventajas: la una fué, el que perecieran algunos oficiales de importancia de las tropas realistas, habiendo sido herido de

gravedad el valiente Bringas: y la otra ventaja fué, el haberse podido aproximar casi al punto, en donde se hallaba Trujillo. Tanta audacia por parte de unos, y por parte de los otros el haberlos rechazado, dieron origen á una especie de armisticio, del que se aprovecharon Aldama y Jimenez, para invitar no á los españoles, como se ha dicho, sino á los militares del país, para que se pasasen á sus filas. No se supo si con aprobacion de Allende, ó por su orden pasaron unos comisionados á parlamentar con Trujillo, proponiéndose ofrecerle, que si las tropas de su mando, se pasaban al de Allende, se le garantizaria la vida á él, y á los demas españoles que lo acompañaban; mas estando ya los comisionados muy inmediatos á dicho jefe, el que no podia ignorar el objeto que llevaban, porque sus propios oficiales se lo hicieron entender, opinando que eran racionales las insinuaciones de aquellos, mandó que se les hiciera fuego, en el que perecieron como sesenta hombres mas, cuyo procedimiento les causó una irritacion y furor tan exesivos que comenzó el combate de nuevo, y con mayor encarnizamiento.

Aunque este segundo ataque fué tan empeñado y sangriento, es probable, que no fué, el que decidió la batalla, porque sin embargo de que los insurgentes peleaban con un ardor desesperado, tambien es cierto, que eran innumerables los que morian, principalmente de los indios: y que siendo tan favorable para los atacados las circunstancias de su clase, armamento, disciplina y pericia de sus jefes, y de las posiciones tan ventajosas que ocupaban, era de temerme fundadamente, que despues de haber sufrido los invasores una matanza tan horrosa, al fin fueran completamente derrotados, perdiéndose así los esfuerzos y sacrificios de todo el dia, pues ya era bien avanzada la tarde. Allende conociéndolo así opinó que el mejor arbitrio que ocurría, era el hacer uso de la estrategia: y notando, que en las cumbres en que se situaban las tropas

de Trujillo, habia una, que no estaba ocupada, se propuso apoderarse de ella para batirlo por la retaguardia. La empresa era demasiado difícil por ser necesarias dos operaciones prévias, en extremo espuestas y peligrosas. La una consistía en la repentina desaparicion de la vista de los contrarios, los que sospechando tal vez el objeto, procurarian embarazarlo, á lo que se agregaba, que la falta del que se separaba, y de los soldados que lo acompañaran, al paso que desalentaria á los que quedasen, los esponia á ser envueltos mas fácil y prontamente. La otra operacion era hacer un rodeo de mas de mil pasos por un camino quebrado, montuoso y lleno de tropiezos: mas arrojando Allende tantos, y tan graves obstáculos, llevó adelante su resolucion, ejecutándola del modo que se va á referir.

Encargó á D. Juan Aldama el mando del ejército; y con trescientos hombres de Infantería y Caballería y un cañon emprendió su marcha para ocupar la altura que se habia propuesto. En el folio 477 se asienta: «que Iturbide habiendo encontrado á los insurgentes, que subian al mismo monte, que iba á ocupar, rompió sobre ellos el fuego y los rechazó,» lo que no merece crédito por dos consideraciones. Una es, el que llevaban diverso rumbo. Hacian aquellos un gran rodeo para no ser vistos, y el no tener la necesidad de hacerlo como que estaba mas cerca: y la otra es, el que si hubieran sido rechazados, no habrian ocupado la altura, á que se dirijian, lo cual es falso. Tampoco es admisible el concepto de otros, que atribuyen el regreso de Iturbide, á que los soldados que traia á sus órdenes se habian resistido á seguirlo, porque la subordinacion y disciplina, á que estaban acostumbrados, y sujetos los del gobierno realista, no permitian tal resistencia. Parece que lo mas probable es, el que desconcertado Trujillo por la herida de Bringas, tuvo que re-concentrar su línea en el pequeño llano que hay sobre el

camino real segun se asienta en el mismo folio, y que en consecuencia ordenó á Iturbide, que regresara á reconcentrarse allí. Sea cual fuere la causa de su regreso, lo cierto es, que lo verificó, y que los insurgentes llegaron á ocupar la altura que tenian por objeto.

Estos dos hechos fueron entonces bien constantes, sabidos, é incontestables, y el que ya situados en ella, comenzaron á batirlo con una actividad y acierto extraordinario y terrible, lo que causó á Trujillo tal sorpresa, de que no solo podrá formarse alguna idea, considerando, que no era posible que la esperase, ni menos el que las fuerzas, que se presentaban y acercaban, fueran las que poco antes tenia al frente; porque el arrojo, valentía y destreza, con que dirigian los tiros, le hicieron opinar, que serian algunos soldados que le habrian mandado de Méjico para auxiliarlo, y que en vez de cumplir con la órden que traian, se habian puesto á la disposicion de los contrarios; mas si por este concepto aunque equivocado entendiase, que se hallaba entre dos fuegos, si por la gran sorpresa, que le causó el verse repentinamente batido por la retaguardia, si por los descalabros que habia sufrido, y si por haber acabado Mendivil con las municiones de artillería, haciendo él mismo fuego á pesar de estar herido, por haber caido á su lado todos los artilleros, folio 478, quedó confundido, será preciso conocer, que todas estas circunstancias reunidas eran demasiado poderosas para infundirles el mayor desaliento, el que llegó á tal extremo, que considerándose perdidos, no pensaban mas que en su salvacion, y en levantar el campo retirandose á México inmediatamente; y como para ejecutarlo se encontraban con el obstáculo, de que los insurgentes les obstruian el paso, se vieron en la necesidad de hacer por último un esfuerzo sobrehumano; y abriéndose paso con sus tropas en columna cerrada, llegó hasta la venta de Cuajimalpa, y desde allí se retiró sin ser molestado, hasta Santa Fé,

en donde pasó la noche; y al dia siguiente entró Trujillo á México con los restos de sus fuerzas.

Allende intentaba, que continuara la marcha hasta ocupar la misma capital, á lo que Hidalgo se opuso haciendo mérito cada uno de los motivos, en que se fundaba. Prevalció la opinion del segundo, el que en consecuencia permaneció en Cuajimalpa sin hacer movimiento alguno, los dias 31 de Octubre y 1º de Noviembre, y hasta el 2 se emprendió la marcha, por los insurgentes, volviendo por el mismo camino que habian traido hasta Ixtlahuaca. Las desavenencias entre sus dos referidos caudillos, los preparativos que se hacian en México para la defensa, las órdenes á Calleja, y sus contestaciones, y todo cuanto ocurrió en esa época hasta la derrota en Aculco, se encuentra esplicado en los folios correspondientes hasta el 498, por lo que estando esa relacion conforme con los hechos y circunstancias, que fueron entónces generalmente sabidas, á excepcion solamente de la que voy á hablar, me bastará referirme á ella en obvio de repeticiones. El pasage, que ahora indico, es lo que aconteció en la Villa de San Miguel cuando el Conde de la Cadena D. Manuel Flon pasó por allí para reunirse con el Brigadier D. Félix M^a Calleja, que estaba en el pueblo de Dolores; y aunque no se omite enteramente la noticia de lo que hubo en el particular, pero se da de un modo tan suscinto, tan diminuto y lacónico, que se hace indispensable ampliarla, y adiccionarla con sus principales pormenores é incidencias.

Tan luego que se supo la aproximacion de esa fuerza, se intimidó y aterrorizó el vecindario de San Miguel temiendo que por ser de ese lugar, los que habian promovido, y sostenian la insurreccion, se ejecutaran violencias y venganzas; por lo que comenzaron á salirse las gentes de todas clases: y las que no podian hacerlo por enfermedad, ó por absoluta falta de recursos, se refugiaban en los templos, ó se encerraban en sus casas: de suerte, que la Vi-

lla quedó casi desierta, y con un aspecto tristísimo y deplorable. Como así se hallaba cuando entró Flon, que fué en 25 de Octubre á las dos y tres cuartos de la tarde, se irritó en tal grado porque no se le habia hecho un gran recibimiento, que amenazó, con que mandaria tocar á degüello, y arrasaria los edificios: pero el Cura Dr. D. Francisco Uruga, los padres de la Congregacion del Oratorio, Elguera, Unzaga, Cano y Murillo, y los del Convento de S. Francisco, que los mas eran españoles, lo halagaron recibéndolo bajo de palio, y lo alojaron en las Casas Consistoriales: y calmado ya dispuso que se abrieran las habitaciones y el comercio: mas habiendo entendido, que muchas Sras. se habian refugiado en el convento de Monjas de la Concepcion, ordenó, que se estrajeran de allí y se las presentaran inmediatamente, para lo que se formó una comision compuesta de algunos Sacerdotes y oficiales del ejército, los que en seguida condujeron y pusieron en su presencia á veinte y tantas. Las recibió teniendo puesto en la cabeza un gran sombrero montado; y paseándose á lo largo de la sala con un semblante colérico, les echó en cara la rebelion de sus paisanos y allegados, las amenazó y exhortó para que influyeran, en que depusiesen las armas, y pidieran el indulto. Todas se portaron con dignidad y aun con resolucion, manifestando, que tan estrañas habian sido para la insurreccion, como lo eran para su término, porque ni habian tenido arbitrio para impedir-la, ni tampoco lo tenian para lograr su conclusion, distinguiéndose particularmente en tan comprometido y odioso altercado las hermanas del Cura Hidalgo, y la esposa de Don Ignacio Aldama, á quienes por lo mismo se habian dirigido los mas duros reproches, y el maltratamiento de Flon, el que al tercer dia salió para Dolores.

Mientras en su alojamiento pasaba esta escena, sus tropas se ocuparon en saquear la casa del Coronel Don Narciso Maria Loreto de la Canal, la del D. Ignacio A-

llende, la de los dos Aldama, la de D. Juan María Lanza-gorta, y la tienda de D. Julián Balderrama. El robo que se hizo en la casa del Coronel Canal, fué el mas cuantioso y escandaloso, por la cantidad, cualidad é importancia de los intereses. En un caudal tan opulento como era el de esa casa no solo habia mucho numerario y alhajas de inestimable valor, sino que entre ellas tambien estaban varias muy ricas de las dedicadas á Nuestra Señora de Loreto, ó porque el dueño de la casa era el protector y custodio de cuanto tenia relacion con el culto de esa imagen, ó por cualquiera otro motivo, distinguiéndose entre estas un bejuco chino de oro y guarnecido todo de diamantes, el que segun se decia, lo habia recojido Calleja posteriormente: y ademas habia mas de treinta mil pesos pertenecientes á varios vecinos que los depositaron en el Convento de las Monjas, las cuales los enviaron despues á la repetida casa, considerando que allí estarian mas seguros. De todos estos pormenores, y de cuanto ocurrió entonces en la Villa de San Miguel el Grande quedé impuesto por las personas, con las que tuve relacion, á las que menciono en mi prólogo; mas como la eorta mansion que Flon hizo allí, dió origen á que en Guanajuato se tomara una medida, que tenia tanta conecion con ese pasaje, y por haberse verificado en los mismos dias, parece ser muy natural y conveniente, el que al propio tiempo se hable tambien de ambas especies. Habiendo llegado á la Capital la noticia de la primera, determinó el Ayuntamiento junto con los Curas y algunos vecinos mandar dos comisionados á Flon con un oficio firmado por todos, suplicándole, que tomara y se posesionara de la ciudad con las precauciones necesarias, para impedir cualquiera oposicion de la plebe, que aunque se hallaba desarmada, é indefensa, no se tenia confianza en sus procedimientos por lo insolente que estaba, y aun sublevada: y aunque á toda diligencia salieron los dos comisionados, que lo fueron los Re-

gidores capitán D. Pedro Otero y D. Francisco Septien, cuando llegaron al lugar á donde iban, ya el jefe á quien llevaban el oficio se habia separado de allí, para reunirse con el Brigadier Calleja; debiendo ambos dirigirse á Querétaro; por lo que temiendo los comisionados, que los sorprendiera alguna partida enemiga, no se determinaron á ir en su seguimiento, y se volvieron á Guanajuato.

Efectivamente se verificó la reunion con Calleja, para lo que se dirigió Flon al pueblo de Dolores el Domingo 28 de Octubre, tomando el Brigadier el mando en Jefe del Ejército segun le correspondia, quedando Flon en calidad de segundo: y en el pueblo que acaba de nombrarse, se entregó al pillaje la casa de Hidalgo, como lo habian sido en San Miguel las de los otros caudillos. Las tropas ya reunidas tomaron el nombre de "Ejército de operaciones sobre los insurgentes," y su fuerza total se componia de seis á siete mil hombres con ocho cañones de á cuatro. Los dos militares mencionados se dirigieron á Querétaro, en donde entraron el 1º de Noviembre, y en la mañana del 6 se encontraban sus avanzadas con las de Hidalgo en las inmediaciones de Arroyozarco: y habiéndoles hecho algunos muertos y prisioneros se supo por éstos, que los insurgentes con todas sus fuerzas se hallaban en el pueblo inmediato de San Gerónimo Aculco, los que para resistir á los realistas, se situaron en una loma que domina al pueblo y á toda la campiña: y habiendo dispuesto Calleja el ataque, procedió á él en los términos que se esplican en la historia de que me ocupó, hasta sus inmediatos resultados, que se describen en el folio 498: mas como á excepcion de las adiciones relativas á lo que pasó en la Villa de San Miguel á la entrada de Flon, todo está conforme con los antecedentes y pormenores que fueron bien sabidos, me refiero á lo que acerca de ellos se asienta, concluyendo así la reseña anunciada, á la que se limita el capítulo presente.

CAPITULO IX.

Circunstancias que le proporcionaban al autor, el que se impusiera de lo que pasó en la Capital de Guanajuato en la época que estuvo ocupada por los insurgentes, y en los posteriores.—Reseña de la expedición emprendida por Hidalgo cuando salió de dicha Capital, y del objeto con que se dirigía Flon al pueblo de Dolores.—Disposiciones de Allende para fortificarse despues de la derrota en Aculco.—Su entrada en Guanajuato.—Acelera la fundición de cañones, el que se sitúan baterías, y se abren barrenos en el camino para la plaza que intenta defender.—Promueve una procesion solemne, y el que se celebre una Junta, en que se acuerden las medidas mas conducentes á la defensa.—Las fuerzas realistas comenzaron el ataque, y Allende ordena, que para resistirlo, salgan inmediatamente los que tiepe á su disposición.—Las primeras toman fácilmente las baterías, desalojando y derrotando, á los que estaban encargados de sostenerlas.—Conociéndose que ya no quedaba esperanza de resistencia, se dan al público los avisos anunciados, y los generales disponen y hacen su retirada.—Desalentado y consternado el vecindario, se aumentan sus angustias y temores, con lo que se experimenta en la tarde y noche de ese dia.

Así como en el Capítulo VI manifesté el motivo que me proporcionó observar el ataque dirigido á Granaditas, así tambien me parece conveniente el exponer ahora cuál era mi situacion y circunstancias á virtud de las cuales pude saber todo lo que pasaba en Guanajuato despues que salieron los invasores en 10 de Octubre, y en lo que ademas fué aconteciendo en las fechas sucesivas. Yo tenia entonces veinticinco años y medio, estaba sano, no era hijo de familia, y disfrutaba de la mas completa libertad; por lo que andaba por todas partes, observando cuanto pasaba, é inquiriendo muy prolijamente lo que se escapaba á mi vista. Tal fué mi conducta y ocupaciones hasta la mañana del Domingo 14 de Octubre, en cuya tarde me atacó fuertemente el tifo, del que habia entonces epidemia: y aunque mi convalescencia fué lenta, pero cuantas personas me visitaban, me imponian con la mayor minuciosidad de lo que habia seguido ocurriendo en esos dias: y así es, que ya por esos informes contestes, y ya por lo que volví á presenciar desde que me restablecí entera-